

está constituida poco más ó ménos como se halla hoy. Los dos pueblos que se hallaban bajo la influencia inmediata de la santa sede no habían conseguido su unidad. Algunos escritores católicos han querido hacer de los papas los defensores de la libertad italiana. Nosotros creemos, con *Maquiavelo*, que el papado es incompatible con la independencia y la unidad de la Italia: si la lucha del sacerdocio y del imperio sustrajo á la dominación de la Alemania las ciudades italianas, fué para entregarlas, desnudas y divididas, á merced de todos los conquistadores. La Alemania se vió desgarrada y debilitada por su guerra contra el papado en el momento mismo en que más necesitaba de todas sus fuerzas para realizar su poderosa unidad; y fueron los papas los que arrojaron allí la semilla de una división irremediable, ayudando á los príncipes á hacer electiva la corona, lo cual hizo de la Alemania una confederación de príncipes presidida por el emperador, pero sin unidad y sin fuerza. Los dos reinos en los cuales se apoyaron los papas para su guerra con el imperio presentan un espectáculo bien diferente: la Francia y la Inglaterra se constituyen en naciones independientes y fuertes. La Francia otorga libremente su apoyo á la santa sede, conservando siempre su independencia. La Inglaterra se somete algún tiempo á las leyes de Roma, pero más bien que la nación eran sus reyes; y tan luego como un príncipe enérgico ocupó el trono, proclamó su independencia. ¿Fué debida á la acción del papado la unidad de la Francia y de la Inglaterra, como se la deben atribuir la división y el enflaquecimiento de la Alemania y de la Italia? Los papas tenían interés en que fuesen fuertes los pueblos sobre quienes se apoyaban, y nada hicieron para detener ó contrariar el desarrollo natural hácia la unidad en Francia y en Inglaterra; mas no por ser negativa, su influencia fué ménos eficaz.

Á últimos del siglo XIII se observa ya un principio del nuevo sistema político en Europa. Ha cesado el aislamiento; los reyes de Francia y de Inglaterra intervienen en las elecciones del imperio de Alemania; se forman coaliciones, los intereses se complican. Pero en medio de la diversidad hay un principio de unidad cuya causa hay que buscar en la Iglesia y en el papado. Todavía es éste el que une á los pueblos del Occidente en las guerras que se llaman santas y que fueron tales por lo

ménos en el sentido de que prepararon la unidad del mundo.

## II.—El papado y el Oriente.

### I.

Las cruzadas han fundado la unidad política de la Europa. Cuando comienzan, apenas se conocen los pueblos cristianos unos á otros; mas de pronto se encuentran mezclados y agrupados para la misma empresa, persiguiendo un mismo fin, animados de un mismo espíritu, teniendo todos un mismo enemigo. Las guerras santas no son la obra de tal ó cual nación, sino de toda la cristiandad. Sin embargo, no son confusas muchedumbres las que se lanzan sobre el Asia; la proximidad de las diversas razas hace ostensible la diferencia de sus caracteres, de sus disposiciones y de sus tendencias, y se muestra en germen la gran ley de la humanidad, la unidad en la diversidad. Las cruzadas, al dar á los pueblos cristianos la conciencia de su fraternidad, establecen un vínculo entre el Occidente y el Oriente; los dos mundos son profundamente hostiles, pero la oposición, el odio mismo, es el primer paso hácia la unión. Tal es la ley providencial que se descubre en las sangrientas luchas de los hombres; al ver su animosidad, se diría que van á aniquilarse mutuamente, y, sin embargo, acaban por darse las manos fraternalmente.

La política del papado recorrió esas mismas fases. Su primer llamamiento á la Europa es un grito de guerra; á tener poder para ello, hubiera querido aniquilar á los enemigos de Cristo; apenas si pensaba en convertirlos á su ley. Pero las guerras á muerte no son nunca de larga duración; la lucha no tarda en convencer á los más apasionados de que no es dado al hombre destruir lo que Dios ha creado; y los papas, desesperando de vencer á los Sarracenos, procuran convertirlos. Aún cuando aquellas tentativas de propaganda fracasaran, no por eso ofrecen ménos interés, porque muestran la verdadera vía por la cual debe el mundo llegar á la unidad: la unidad religiosa no puede establecerse por la fuerza, debe ser resultado de la persuasión. Se necesita, pues, que la lucha se empeñe en el terreno de las ideas. Las primeras relaciones intelectuales del Oriente y del Occidente tienen algo de candoroso; al ver á los papas exponiendo los

dogmas católicos á los sultanes, no puede uno ménos de sonreírse por la excesiva confianza que muestran en la verdad de su doctrina. Es aquel un resultado en la estrechez de espíritu, producto de un dogma exclusivo. También los Sarracenos, los enemigos de la cristiandad, están muy convencidos de la verdad del Corán. Y en aquella colisión de dos religiones igualmente exclusivas se descubre una gran enseñanza: ambas á dos pretenden hallarse en posesión de la verdad absoluta; ¿no podría ser eso una prueba de que no existe para el hombre la verdad absoluta? Que esto no nos desaliente en los esfuerzos que hacemos para conocerla: para nuestra tranquilidad lo mismo que para nuestra ambición, es bastante que á medida que avanzamos en el cumplimiento de nuestro destino se vayan disipando las nubes que oscurecían nuestra vista, y que nuestro espíritu se vaya iluminando con un nuevo rayo de la verdad eterna; pero sólo Aquel que es la Verdad la ve en todo su esplendor.

En la segunda mitad del siglo XII, el papa Alejandro III se dice que recibió cartas del sultán de Iconium, en las cuales el príncipe mahometano manifestaba deseos de abrazar la fe de Jesucristo. El hecho es poco probable, porque de todos los pueblos que se llaman infieles, los ménos dispuestos á convertirse al Evangelio son los Mahometanos, y por otra parte, la lucha á muerte de las cruzadas era ocasión poco oportuna para hacer des-pertar aquel deseo en el sultán. Pero sea de esto lo que quiera, el papa le respondió, y su carta es una instrucción acerca de los grandes misterios del cristianismo. El soberano pontífice confiesa que el dogma de la Trinidad traspasa los límites de la inteligencia humana; pero que, cuanto más oscura es la cosa y más difícil de creer, tanto más mérito hay en la fe. Procura probar que aquella creencia es anterior al cristianismo y que trae su origen de Moisés. Si la prueba pudiera hacerse, existiría un vínculo más entre el cristianismo y el mahometismo, puesto que una y otra religión proceden de la judaica. El pecado original y la Encarnación del Hijo de Dios para rescatar á los hombres de la condenación eterna son misterios todavía más incomprendibles que la Trinidad. ¿Cómo creer que un Dios nace y muere? Consiste, responde Alejandro, en que Jesucristo era á la vez hombre y Dios. Pero en eso estriba precisamente la dificultad: ¿cómo un mismo ser puede ser á un tiempo finito é infinito?

El papa no desata esta dificultad, y termina recomendando al príncipe sarraceno que reciba el bautismo para entrar en la sociedad de los predestinados (1).

No se sabe, dice *Fleury*, que aquella carta produjese efecto. Las relaciones entre los papas y los príncipes sarracenos continuaron, pero sin otro objeto que el canje ó rescate de los prisioneros. Otras dos cartas nos quedan de Saladino y de su hermano al papa Lucio III, contestando á invitaciones que les habían sido hechas por la santa sede; aquellas cartas nos demuestran la alta idea que se tenía del papa en Oriente. Los mahometanos tenían también un jefe espiritual, el califa, y nada más natural que atribuir al soberano pontífice las ideas orientales relativas al jefe de los creyentes: "Sabemos, decían los príncipes sarracenos á Lucio, que todos los cristianos os obedecen y os temen, y que nadie se atrevería á contradecir vuestras órdenes." El tono de la correspondencia era, por lo demás, muy amistoso. Saladino dice que ha recibido la carta del papa *con mucho placer y satisfacción*, y aún es más prodigo en demostraciones afectuosas el hermano de Saladino, puesto que considera al papa *su mejor amigo*. No hay en sus palabras un átomo de fanatismo; sus pensamientos son religiosos, pero de tal naturaleza, que todas las creencias podrían aceptarlos. Malek-Adhel ruega á Dios que inspire al pontífice de Roma, y le inspire á él mismo, acerca de lo que conviene hacer, *con el auxilio de la gracia divina, para la salvación de los cristianos y de los musulmanes* (2).

Saladino dió el golpe de gracia al poder de los cristianos en la Palestina, apoderándose de la Ciudad Santa, que ha continuado desde entonces en poder de los infieles. Inocencio III empleó toda su influencia para reconquistar el sepulcro del Señor; pero como gran político, no se hacía ilusiones sobre los resultados de las cruzadas: no esperaba tampoco traer á los Sarracenos á Jesucristo, ni por la fuerza ni por la persuasión. En una carta que escribió al hermano de Saladino, Inocencio propuso una especie de transacción, una tregua perpetua entre el Oriente y el Occidente, y no exigía de los Sarracenos más que la ciudad de Jerusalén: "Esa posesión, les decía, es poco ventajosa para

(1) *Epist. ALEXANDRI ad Soldanum Iconii* (MANSI, XXI, 809).

(2) Las dos cartas se encuentran en *RAOUL DE DICHT, Imágenes históricas* (BOUQUET, XVII, 628).

vosotros y os produce guerras continuas con la Europa. ¿Y no podría declararse al fin la victoria á favor de los pueblos cristianos? Porque *Dios cambia los tiempos á su antojo y da los reinos de este mundo á quien quiere*, (1).

Las relaciones entre la santa sede y los príncipes sarracenos volvieron á tomar un tinte religioso con los sucesores de Inocencio. Gregorio IX escribe al califa de Bagdad, invocando los patriarcas, los profetas y los apóstoles, para probarle la verdad de la doctrina cristiana, y le parece imposible que el califa no se rinda á la evidencia de las autoridades que le cita. Gregorio no teme amenazar á los Sarracenos con la cólera celeste si se niegan á convertirse, porque en adelante no tendrán excusa ante Aquel que ha de venir á juzgar á los hombres en medio de llamaradas de fuego. Siguiendo las huellas del apóstol de los Gentiles, Gregorio llama á la fe de Cristo á los Sarracenos para salvar sus almas: "No queremos vuestro reino, le dice; no tenemos más ambición que la de vuestra salud eterna", (2). No se sabe si el jefe de los creyentes respondió á Gregorio IX; pero nos quedan cartas de otros príncipes sarracenos á Inocencio IV que nos dan á conocer las opiniones del Oriente musulmán acerca de la gran cuestión suscitada por el papa, la unidad y la verdad religiosas. Están de frente dos revelaciones: el califa y el papa pretenden ser á la vez jefes exclusivos de los verdaderos creyentes; uno y otro aspiran á la dominación del mundo, y la convicción de uno y otro en la verdad de su doctrina es la misma. Ya hemos oído á los papas exponer los misterios de la Trinidad y de la Encarnación. El califa opone á aquellos oscuros dogmas una verdad brillante como la luz del sol, la unidad de Dios, creador del mundo: ese es el Dios predicado por Mahoma. El califa no rechaza la tradición judaica ni la cristiana; tributa elogios á Moisés y á Jesucristo, pero según él, Mahoma es el último y el más grande de los profetas. Si el papa quiere, le dice, se abrirán conferencias en las que se discutirán á fondo las dos religiones; el califa tiene la firme persuasión de que el Corán saldrá triunfante en la lucha. La correspondencia de los príncipes sarracenos respira una tolerancia y una

(1) *Epist. INNOCENT. III, en RICARD. DE SAN GERMAN (MURATORI, VII).*

(2) Epistola de Gregorio IX al califa, á los sultanes de Damasco y del Cairo (RAYNALDI, *Annal.*, ad a. 1233, § 16-22).

humanidad que se admira uno de encontrar en el siglo XIII y después de una lucha sangrienta provocada contra el mahometismo por el papado. Honran aquellos príncipes al papa como califa de los cristianos; y lejos de escandalizarse de que quiera atraerlos á una religión reprobada por Mahoma, comprenden su celo y lo alaban, y hasta le agradecen sus buenas intenciones: "Les ha hecho saber la doctrina que considera como único medio de salvación, y en ello ha obrado bien.", Por eso responden á Inocencio con el mismo buen deseo; también ellos están convencidos de la divinidad de su doctrina; Dios es el que ha enviado á Mahoma, y los que le siguen están seguros de la vida eterna; ellos también exponen sus opiniones al papa con el deseo de que se aproveche de ellas (1).

No hay nada más interesante que esa correspondencia. El cristianismo y el islamismo pretendían cada cual estar en posesión exclusiva de la verdad, pretensiones inconciliables, puesto que cada una de ellas destruía á la otra, pero que por eso mismo no podían destruirse; así es que la correspondencia teológica de los papas y de los califas no produjo resultado alguno. Las relaciones políticas cesaron por completo con la dominación de los cristianos en la Palestina; pero las cruzadas habían abierto á los misioneros el camino del Asia que no dejaron de frecuentar. De ahí el que se establecieran nuevos vínculos entre la Europa y el Asia en el momento mismo en que iban á interrumpirse las relaciones de los papas con los Sarracenos. Y de ahí también que la conquista más brutal de que hace mérito la historia diese por resultado introducir á los Europeos hasta en el centro del Oriente, sin que se pueda negar que la llave que abrió la puerta de esas comunicaciones fué el cristianismo en manos del papado.

## II.

Á principios del siglo XIII se verifica un inmenso movimiento de pueblos en medio de las estepas del Asia; los Tártaros, á la voz de Gengiskan, se lanzan á la vez sobre el Oriente y el Occidente y acampan en China y en Alemania. La rapidez de su invasión tiene algo de prodigiosa: en 1208 sub-

(1) Pueden verse las cartas de los califas y de los demás príncipes sarracenos en RAYNALDI, *Annal.*, ad a. 1247, § 57-75.

yugan á los Turcos orientales; en 1223 libran batalla á los príncipes rusos sobre las márgenes del Kalka; en 1240 invaden la Polonia, la Hungría, y amenazan á Alemania; delegados tártaros se presentan ante Federico II y le intiman que reconozca la autoridad del gran khan. La ambición de los Tártaros es la de conquistar toda la tierra, y es Gengiskan quien les ha dado la consigna, titulándose rey del mundo (1). No tardaron en establecerse relaciones medio políticas y medio religiosas entre los cristianos y los conquistadores del Asia; había entre ellos un vínculo de relación: tenían los mismos enemigos. Bagdad había caído en poder de aquellos, pero quedaban en pie los restos Seljuídas de Iconium, los reyes de la familia de Saladino y otros príncipes musulmanes con los cuales estaban en guerra los Francos; de ahí que éstos y los Mongoles fuesen aliados naturales. Por aquel tiempo se esparció el rumor de que entre los Tártaros había muchos cristianos; la fábula del *Preste Juan* daba crédito á la existencia de una cristiandad oriental. Por otra parte, los Mongoles peleaban con encarnizamiento contra los sectarios de Mahoma, lo cual era casi un signo de cristianismo en aquellos tiempos de ignorancia. De esa manera se explican las embajadas que Inocencio IV envió á los Tártaros; tres frailes de los hermanos menores fueron diputados á los pueblos nómadas que acampaban á orillas del Volga, y otros dos de la orden de predicadores fueron á encontrar á los Tártaros de la Persia.

Las cartas credenciales de los misioneros debieron sorprender grandemente á los feroces conquistadores del Asia. El papa hablaba allí del pecado original y de la inmensa bondad de Dios Padre, que, queriendo reparar la miseria del género humano, había enviado á su Hijo para levantar á aquél de la caída de Adán. Jesucristo, le dice, Hijo de Dios, al subir al cielo ha dejado un vicario en la tierra, al cual ha confiado la custodia de las almas y las llaves del reino de los cielos. Y como sucesor de San Pedro, Inocencio envía diputados á los Tártaros con el deseo de convertirlos á la fe cristiana y lograr su salvación (2). Se necesitaba una gran fuerza de ilusión y una grande ignorancia de las cosas orientales para confiar en el éxito

(1) JUAN DEL PLANO CARPIN, c. VIII, § 1, en la *Colección de Viajes*, publicada por la Sociedad de geografía, t. IV, p. 715.

(2) RAYNALDI, *Ann.*, a. 1245, § 15-17.

de semejante misión. La ilusión se explica por el convencimiento del papa en la verdad de la doctrina cristiana, cuya luz debía á sus ojos ser tan poderosa como la del sol. Los rumores acerca de las disposiciones favorables de los Tártaros á recibir el cristianismo debieron aumentar la confianza del soberano pontífice; pero aquellos vagos rumores no tenían otro fundamento más que la indiferencia de los Tártaros por toda religión positiva; su creencia era un teísmo abstracto, sin culto, y, por lo mismo, lleno de tolerancia (1): era una religión de conquistadores. Por lo tanto, las misiones enviadas á semejante pueblo no tenían probabilidad alguna de éxito. Pero no por eso dejan de tener un gran interés para la historia; son el primer lazo entre el Occidente y el lejano Oriente. Y la humanidad debe inmensa gratitud á aquellos oscuros frailes que se atrevieron á arrostrar los peligros de un camino desconocido y los mayores aún de la crueldad de aquellos bárbaros que marcaban sus conquistas con pirámides de huesos humanos, y que se ofrecieron en sacrificio al interés de la cristiandad y á la causa de Dios (2).

Las misiones tenían también un objeto político. El papa se queja en sus epístolas de las crueldades cometidas por los Tártaros en la Polonia y la Hungría con poblaciones que no los habían ofendido. Les pregunta cuál es el objeto de aquellas invasiones sangrientas y cuáles son los proyectos de los conquistadores; y como padre y señor de los cristianos, desea que haya paz entre ellos y los Tártaros (3). Oigamos la respuesta que el khan dió á los hermanos menores (4): "*El rey del mundo al gran papa*: Si los cristianos desean estar en paz con los Tártaros, es necesario que tú, el papa, los emperadores, los reyes, todos los príncipes y los jefes de las ciudades, vengais sin demora á mi presencia para oír la declaración de mi voluntad. En cuanto á lo que tú dices del bautismo y del cristia-

(1) «Et quia de cultu Dei nullam legem observant, neminem adhuc, quoad intelleximus, coegerunt suam fidem vel legem negare.» JUAN DEL PLANO CARPIN, c. III, § 1, núm. 2 (*Colección de Viajes*, t. IV, p. 622).

(2) JUAN DEL PLANO CARPIN dice al comienzo de su relato: «Et quamvis a Tartaris timeremus occidi, non tamen pepercimus nobis ipsis, ut voluntatem Dei secundum domini papae mandatum adimplere possemus, et ut proficeremus in aliquo christianismo» (*Colección de Viajes*, t. IV, p. 604).—Los misioneros encontraron campos cubiertos de huesos humanos (*Ibid.*, página 675).

(3) RAYNALDI, *Annal.*, a. 1245, § 18.—JUAN DEL PLANO CARPIN, c. VII, § 5, núm. 6 (*Colección de Viajes*, t. IV, p. 675).

(4) *Colección de Viajes*, t. IV, p. 594.